

NEW LEFT REVIEW 88

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 2014

ARTÍCULOS

EMILY MORRIS	Cuba inesperada	7
MARCO D'ERAMO	UNESCOcidio	52

ENTREVISTA

GLEB PAVLOVSKY	La visión que Putin tiene del mundo	60
----------------	-------------------------------------	----

ARTÍCULOS

KEVIN PASK	Nacionalismos estadounidenses	72
JEAN-PAUL SARTRE	Marxismo y subjetividad	92
FREDRIC JAMESON	La actualidad de Sartre	122

CRÍTICA

WOLFGANG STREECK	La política de la salida	129
MICHAEL CHRISTOFFERSON	¿Una mente de izquierdas?	138
KRISTIN SURAK	Revendiendo Japón	146
HUNG HO-FUNG	¿Canadización?	159

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde la Secretaría de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación y el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador-IAEN

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



Secretaría de
Educación Superior,
Ciencia, Tecnología e Innovación



traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

GLEB PAVLOVSKY

Da entrevista que sigue, realizada en enero de 2012 por Tom Parfitt, entonces corresponsal de The Guardian en Moscú, nunca ha sido publicada. Es un documento notable, posiblemente la explicación más reveladora hasta el momento sobre la visión que Putin tiene del poder y sus raíces. Desde finales de 1999 hasta 2011, Pavlovsky fue uno de los principales asesores de Putin en el manejo de la opinión pública rusa, uno de los dos principales «tecnólogos políticos» del régimen junto con Vladislav Surkov. Los perfiles de ambos eran muy distintos. Mientras que el medio checheno Surkov, nacido en 1964, es un producto puro del poscomunismo, que ascendió de la banca y la empresa privada a los servicios de asesoramiento del Kremlin a modo de ideólogo posmoderno y novelista a tiempo parcial, Pavlovsky —nacido en Odessa más de una década antes, en 1951— fue un estudiante disidente a finales de la década de 1960, acusado de «anarquismo y extremismo izquierdista». Detenido a comienzos de la década de 1980 por su participación en una revista clandestina, tras colaborar con las autoridades, fue exiliado al norte, en lugar de encarcelado. Durante el Gobierno de Gorbachov, volvió a Moscú, convirtiéndose en publicista activo en el fermento democrático del momento, antes de apoyar incondicionalmente a Yeltsin y ayudar a organizar las elecciones fraudulentas que lo mantuvieron en el Kremlin en 1996. Después fue el arquitecto de la «democracia dirigida» de Putin, a quien pudo observar de cerca durante más de una década de servicio, hasta que en la primavera de 2011 se opuso a que su jefe ocupase la presidencia por tercera vez y fue despedido. Intelectualmente más agudo y con más conciencia histórica que Surkov (también marginado, aunque no tan drásticamente), Pavlovsky traza un asombroso retrato de la procedencia, el temperamento y los puntos de vista de Putin, sobre todo, su actitud hacia el capital. También ofrece una vívida e informada crónica sobre el modo en el que el consenso político del que había disfrutado Putin empezó a caer cuando este decidió apartar a Medvédev y volver al Kremlin, lo cual exigió, en opinión de Pavlovsky, una financiarización ahora completa de un sistema político que se ha convertido en un «híbrido entre una aseguradora y un casino». Pavlovsky, famoso entre sus detractores por su «arrogante cinismo y épataje», se describe a sí mismo como un «especialista en la construcción y en la protección del Gobierno». Después de esta entrevista, ha criticado abiertamente la gestión gubernamental de la crisis de Ucrania, porque desencadena en las calles emociones ciegas como las que la tecnología política que él ayudó a construir pretendía suprimir. En un artículo reciente centraba su ataque en la televisión rusa, por considerar que se ha convertido en un poder cuasi independiente y potencialmente desestabilizador dentro del régimen, como una fuerza «patógena» que azuza una histeria popular capaz de convertirse en una pesadilla.

LA VISIÓN QUE PUTIN TIENE DEL MUNDO

Entrevista realizada por Tom Parfitt

¿Cuáles son las raíces de la visión ideológica de Putin?

A COMIENZOS DE LA década de 1990 Putin había desarrollado casi todas las ideas que abraza hoy. Acababa de empezar a trabajar en San Petersburgo, pero si miramos los documentos de la época vemos que ya manifestaba diversas actitudes, como, por ejemplo, las referentes a la idea de que el sistema de administración de Rusia debería ser un Estado unitario y centralizado; y también su tolerancia a la aceptación de sobornos por parte de los *chinovniki* [burócratas]. Eso sorprendía a muchos, pero es innegable que él adoptaba una perspectiva positiva a este respecto. Incluso compartía –y repitió– la escandalosa tesis del entonces alcalde de Moscú, Gavril Popov, de que los burócratas tenían derecho a comisión por los contratos.

Mostraba también por aquella época, por supuesto, su sutil desdén hacia los demócratas, que habían recibido el poder sin esfuerzo, sin lucha, como si se lo hubiesen encontrado sin más en la calle. De modo que la mayoría de las ideas estaban ya presentes en aquella época, incluidas las señales de su oportunismo, la sensación de que no es necesario ir contra corriente, que de hecho hay que dejarse llevar por ella. ¿Por qué luchar contra una tendencia y agotar los propios recursos? Uno tiene que llevar los recursos a la tendencia y conseguir con ellos lo que quiere. Ese instinto Putin lo tuvo desde el principio. También había tomado de Vladimir Zhirinovski, presidente del ultranacionalista Partido Demócrata Liberal de Rusia, la idea de que el país debería dividirse en *generalgubernatorstva*, con un gobernador general encargado de cada región. Yeltsin también soñaba con esta solución, pero fue incapaz de alcanzarla. Es una idea muy popular en Rusia.

¿En qué sentido influyó la caída de la Unión Soviética en estas ideas?

Putin pertenece a una capa de población muy extensa, pero políticamente opaca, sin representación, que desde finales de la década de 1980 buscaba la *revanche* en el contexto de la caída de la Unión Soviética. Yo fui también uno de ellos. Mis amigos y yo éramos incapaces de aceptar lo que había ocurrido: no podíamos dejar que siguiese ocurriendo. Había cientos, miles de personas así en la elite, que no eran comunistas; yo, por ejemplo, nunca pertenecí al Partido Comunista. Era gente que a la que no le gustaba cómo se habían hecho las cosas en 1991. Este grupo constaba de gente muy dispar, con ideas muy diferentes acerca de la libertad. Putin fue uno de los que esperaron pasivamente el momento de la *revanche* hasta el final de la década de 1990. Por *revanche* me refiero a la resurrección del gran Estado en el que habíamos vivido, y al que nos habíamos acostumbrado. No queríamos otro Estado totalitario, por supuesto, pero sí uno respetable. Era imposible respetar al Estado de la década de 1990. Uno podía pensar bien de Yeltsin, tenerle lástima. Pero para mí era importante contemplar a Yeltsin bajo una luz diferente: por una parte, había que protegerlo del castigo; por otra, era importante por constituir la última esperanza para el Estado, porque estaba claro que si los gobernadores subían al poder firmarían otro Tratado de Belovesh, y después de eso Rusia dejaría de existir.

Putin es un soviético que no sacó lecciones del hundimiento de Rusia. Es decir, sí aprendió lecciones, pero muy pragmáticas. Entendió el advenimiento del capitalismo de un modo muy soviético. A todos nos enseñaron que el capitalismo es un reino de demagogos, detrás de los cuales se sitúa el gran capital, y detrás de él, una maquinaria militar que aspira a controlar todo el mundo. Es una imagen muy clara y sencilla que en mi opinión Putin tenía en la cabeza, no como una ideología oficial, sino como una forma de sentido común. Pensaba que en la Unión Soviética éramos unos idiotas; habíamos intentado construir una sociedad equitativa cuando deberíamos haber estado ganando dinero. Si hubiéramos ganado más dinero que los capitalistas occidentales, podríamos haberlos comprado, o podríamos haber creado un arma que ellos no tuviesen. Eso es todo. Era una partida y nosotros la perdimos por no haber hecho cosas muy sencillas: no creamos nuestra propia clase de capitalistas, no les dimos a los depredadores capitalistas de nuestro bando la oportunidad de desarrollarse y devorar a los depredadores capitalistas del de ellos.

¿En qué medida siguen estas ideas formando el sustrato de la sensibilidad política de Putin, y de la Rusia a la que él ha dado lugar?

No creo que el pensamiento de Putin haya cambiado significativamente desde entonces. Para él se trata de pura lógica. Por eso se siente cómodo y seguro en su posición; no teme debatir al respecto. Piensa: mira a todos esos occidentales, una cosa es lo que dicen y otra lo que hacen en realidad. Tienen un maravilloso sistema de dos partidos, uno le cede el poder al otro, y tras ellos está siempre lo mismo, el capital. Ahora es una fracción del capital y después la otra. Y con este dinero han comprado a todos los intelectuales y organizan cualquier política que necesiten. ¡Hagamos lo mismo! Putin es un soviético que se impuso la tarea de la *revanche*, no en un estúpido sentido militar, sino en un sentido histórico. Se la impuso en el lenguaje soviético, en el lenguaje de la geopolítica, el de un duro pragmatismo cercano al cinismo, pero no completamente cínico. Putin no es un cínico. Piensa que el hombre es un ser pecaminoso, que es inútil intentar mejorarlo. Cree que los bolcheviques, que intentaron crear personas equitativas y honradas, fueron sencillamente idiotas y no deberíamos haberlo hecho. Gastamos un montón de dinero y energía en eso, y al mismo tiempo intentamos liberar otros países. ¿Por qué? No teníamos necesidad de hacerlo.

El modelo de Putin es completamente distinto del de Ziuganov, el secretario de lo que queda del Partido Comunista de la Federación Rusa. La idea de Putin es que deberíamos ser más grandes y mejores capitalistas que los capitalistas, y estar más consolidados como Estado: debería haber una unidad máxima del Estado y la empresa. ¿Un sistema de dos partidos como el estadounidense? Fenomenal, nosotros también lo tendremos. Putin trabajó muchos años para conseguirlo. Aunque admite que no lo ha conseguido, pienso que sigue siendo lo que quiere, si bien comprende que es una tarea mucho más difícil de lo que había imaginado. Pero la política debería estar en los partidos. La actual solución no es un sistema unipartidista, no hay analogía con el Partido Comunista de la Unión Soviética. El partido gobernante, Rusia Unida, no es el Estado. Es solo un saco lleno de personas que se aferran al Kremlin: un sistema telefónico que transmite señales del Kremlin hacia abajo a través del aparato regional. No tiene absolutamente ninguna independencia y no puede actuar por sí mismo, en contraste con el antiguo PCUS. No puede desarrollar las directivas políticas. Necesita instrucciones completas, una, dos, tres, cuatro y cinco. Si la tres y la cuatro se pierden, para y espera hasta que le digan qué hacer.

Rusia Unida no tiene nada en común con el PCUS. Ha sido útil como pieza del sistema. Esta es una de las conclusiones que sacó Putin: que hacen falta votos, que hace falta la legitimidad de la gente, y no la que otorga el haber capturado el Palacio de Invierno en 1917.

¿Realmente quiere un sistema bipartidista con una verdadera competencia política por el poder?

Putin no cree que en Occidente se dé una verdadera competencia entre partidos políticos. Lo ve como un juego, como un partido de golf en un club privado: un jugador es ligeramente más fuerte, otro ligeramente más débil, pero de hecho no hay verdadera competencia. Lo imagina como en la República Federal de Alemania después de la guerra, bajo el liderazgo de Adenauer. Hay dos partidos, uno de los cuales tiene el poder, y el segundo espera, quizá mucho tiempo. Los socialdemócratas esperaron, creo, desde 1945 hasta 1970. Es una especie de sistema de un partido y medio. Putin siempre ha dicho que en algún momento del futuro la oposición conseguirá el poder, y debemos estar listos para ese momento. Con estar listos se refería a que debemos estar aquí y allí, es decir, controlando ambos partidos. El segundo partido aún no ha aparecido realmente en Rusia; pero Putin no se oponía a que los comunistas se convirtiesen en socialdemócratas. Se suponía que todos los partidos debían estar controlados por el presidente, por supuesto. La idea de un poder presidencial por encima de los otros tres poderes está en nuestra Constitución. El presidente tiene un poder especial que no se relaciona con el poder ejecutivo: el poder ejecutivo acaba en el primer ministro. El presidente está por encima de todos ellos, como un zar. Ese es el dogma para Putin. Piensa que en los Estados y en las sociedades antiguas hay una sensación de orden —la población no aspira a destruir a su oponente cuando vence en las elecciones— y nosotros carecemos de ese sentido de orden. También piensa que hasta el momento todas las formas de poder en Rusia han quedado inacabadas: quiere construir una forma de gobierno fuerte y duradera.

¿Estaba, entonces, Putin intentando difundir conscientemente la idea de que el presidente es equiparable al zar?

A Putin nunca le ha gustado la idea de un presidente de partido. Pero en su equipo nunca ha habido un pleno consenso a este respecto. Quienes imaginaban un presidente de partido no lo entendían en el sentido occidental de la expresión, sino, por el contrario, como una rotación periódica

de un grupo de la elite que pasa cierto tiempo en el poder y recolecta sus primas –ventajas económicas, profesionales y de reputación– y después se hace a un lado. El segundo grupo pasa al poder, pero no aspiran a destruirse entre sí. Putin siempre decía que nos conocemos, y todavía no hemos alcanzado esa fase; sabemos que tan pronto como nos hagamos a un lado, nos destruiréis. Lo decía de manera explícita: nos pondréis contra el paredón y nos fusilaréis. Era una creencia muy arraigada, basada en los duros enfrentamientos de 1993, cuando Yeltsin bombardeó el Soviet Supremo y mató a mucha más gente –y Putin lo sabe– de la que se reconoció oficialmente. Después se produjo el enfrentamiento de 1999, cuando el grupo liderado por Yevgeni Primakov y Yuri Luzjov le dijo a Yeltsin directamente que, si no les entregaba el poder voluntariamente, correría la misma suerte que Nicolae Ceauçescu.

¿Una «democracia dirigida», entonces?

Sí, estamos hablando de democracia dirigida, pero quizá en Occidente hayáis olvidado que este concepto se generalizó en la década de 1950 en los países europeos en los que había habido fascismo. En Alemania, por ejemplo, la idea era la misma: los alemanes tienen tendencia al totalitarismo, así que no se les debe permitir acercarse a la política. Deben tener la posibilidad de votar libremente, pero quienes controlen la verdadera política deben seguir siendo los mismos, no ceder. Hay que crear un estricto sistema de control. Todo en Rusia –la elevada barrera de votos para entrar en la Duma del Estado, el sistema del partido y medio– está tomado de la experiencia alemana. Solo que en Rusia no está completamente logrado por la ruptura entre finanzas y política. ¿Es un cínico desde el punto de vista de la teoría de la democracia? Probablemente sí, pero aquí no parece cínico. Quizá se ejecutó con más éxito en Europa, pero vuestro sistema es más antiguo, habéis aprendido a mejorarlo.

Es importante señalar que surgió un cierto «consenso en torno a Putin», en el que coexistían diferentes posiciones: un consenso que abarcaba a la población y a la elite. Era un pacto entre la elite dominante y los principales grupos de la sociedad, a los que se les garantizó una cierta distribución social. Y eso no basta, porque el Estado es pobre, o al menos lo era al comienzo de la presidencia de Putin. En el centro de este pacto se sitúan los empleados de la burocracia estatal, que en la década de 1990 estaban en una situación muy débil, con la excepción de los ministros, por supuesto, pero no todo el mundo es ministro. El consenso incluyó a la burocracia regional y a las

estructuras militares humilladas en la década de 1990, pero también a una parte de los intelectuales intermedios, médicos y maestros; y por último, incluyó a las mujeres, sobre las que habían recaído todos y todo, porque los hombres no supieron adaptarse al nuevo sistema. Había una tasa de mortalidad terriblemente alta, y las mujeres se convirtieron en cabezas de familia. Estas capas de población que habían perdido en el pasado se dieron cuenta de que eran las más importantes del país.

Por otro lado, este consenso tenía que incluir también a una elite que quería sentirse libre, y que exigía máxima libertad para cruzar las fronteras. Para Yeltsin la relajación de las restricciones de visados no fue una prioridad. Para Putin fue algo importante desde el principio. Si quieres salirte de la partida, vete, por favor. No habrá presión ideológica; no hace falta. Será un Estado sin ideas, basado en el sentido común y en el hombre medio, el ciudadano. No obstante, las masas no deben tener acceso al poder, porque son totalitarias y no se puede confiar en su gobierno. Este era el consenso en torno a Putin, que empezó en 2000, cuando había un verdadero deseo de despolitización y de volver a algo más parecido al modelo soviético, y no empezó a tambalearse hasta hace un año. Empezó a erosionarse cuando Putin decidió que él era el único garante, que solo él era capaz de controlar toda la situación. Ese fue su error. La decisión de volver a la presidencia en 2012 fue un delirio de grandeza. El consenso lo había convertido en una figura carismática, y él creía en ese consenso.

¿Sugiere usted que el «consenso en torno a Putin» se hundió a finales de 2011?

Cuando dejó el poder en 2007, Putin había decidido experimentar con una ampliación del consenso. Era su principal idea: el país necesita un cambio, no puede estar gobernado por generales. El sucesor debe ser alguien distinto, o se producirá un estancamiento. Se trataba, por lo tanto, de una modernización del consenso. Después quedó claro, para mí al menos, que Putin empezaba a frenar este proceso. Se produjeron importantes cambios internos. En la primavera de 2010, Putin cayó en una especie de depresión muy perceptible. Incluso empezó a hablar mal, leía los discursos. Se producía una incertidumbre, una falta de confianza, cuando aparecía en público. No miraba a la cámara, algo inusual en él. Empezó a dudar de sus propias decisiones, y de la gente con la que trabajaba. Empezó a cambiar. Decidió que todos estaban haciendo algo mal, que todos tomaban decisiones equivocadas, incluido Dimitri

Medvédev. Y él no tenía influencia sobre eso. Así que le invadió una especie de temor. Es un completo mito que Putin y Medvédev pactasen hace años el retorno de aquel, aunque quizá discutiesen la idea cientos de veces. Así es la política. Siempre fue una cuestión abierta. Medvédev y Putin tienen distintas formas de hablar. Son viejos amigos, bromean juntos. Las insinuaciones significan mucho.

En 2008, después del traspaso de poder, al Kremlin le preocupaba cómo respondería la gente a Medvédev, o quizá que él no consiguiese manejar nada. Fue un momento de mucho nerviosismo. Así que probablemente discutieron sobre qué ocurriría si las cosas salían mal. Después de todo, la valoración de Putin en las encuestas se había comportado como si le diesen Viagra: crecía de manera constante y sin fisuras. Por cierto, los mejores índices los obtuvo cuando ya no era presidente, en 2008. Pero probablemente Putin vio la cuestión de su retorno como algo decidido, mientras que Medvédev la entendió como una opción que él tenía posibilidades de evitar. Probablemente, Putin planteó que si la aceptación de Medvédev superaba a la suya, perfecto. Pero no debió de haber un acuerdo formal. En 2010 el sentimiento empezó a cambiar, y la paradoja, dado que habían temido que Medvédev no obtuviese una aceptación, es que el cambio empezó exactamente cuando la elite dirigente comenzó a creer que probablemente Putin no volviese y empezó a migrar hacia Medvédev. Eso fue realmente lo que puso a Putin en guardia. A finales de 2010 efectuamos para el Kremlin una investigación que demostraba que las elites, incluida la elite en el poder, se inclinaban por apoyar a Medvédev. Los pensionistas, considerados la principal base de apoyo a Putin, preferían ahora al otro. Se trataba principalmente de hombres; las mujeres seguían prefiriendo mayoritariamente a Putin. Medvédev empezó a mostrarse más confiado y Putin se asustó. Hubo un momento de 2010 en el que la aceptación de ambos estaba al mismo nivel, y eso también alarmó a Putin. Desde el otoño de 2010, cuando Medvédev insistió en que Luzjov debía irse y lo logró –a Putin no le gustó, porque fue un gesto muy enérgico–, Putin empezó a mostrar, al principio de manera sutil, que no todo estaba decidido.

¿No podía Putin seguir siendo el «líder nacional» y dejar la presidencia a Medvédev?

¿Qué significa eso de «líder nacional»? Si uno basa sus perspectivas, como hace Putin, en la idea de que la población rusa está dispuesta en cualquier momento a abalanzarse sobre las autoridades y convertirlas en pedazos ensangrentados, no puede fiarse de una noción tan vaga como la de «líder

nacional». La cuestión es dónde está el verdadero poder, dónde están las teclas y las palancas. Putin tenía la sensación de que Medvédev estaba erosionando su popularidad y que era hora de volver al escenario. Los sociólogos le decían que, tan pronto como insinuase su vuelta, su aceptación en las encuestas ascendería a los cielos, pero él no podía decirlo, porque habría roto las normas del tándem; al mismo tiempo, Medvédev insinuaba con mucha frecuencia que estaba dispuesto a quedarse. Por eso a finales de 2010 la relación era muy tensa, algo exacerbado por el hecho de que no hablaban al respecto, como ocurre en las familias; el problema es que no se habla del problema. Hablaban de todo excepto de eso. Putin pensaba: «No me dice nada porque trama algún plan», y lo mismo pensaba Medvédev de Putin. Además, él era el presidente, ¿por qué iba a tener que discutir esas cosas con el primer ministro? El comportamiento de Medvédev adquirió cierta vehemencia, como, por ejemplo, cuando criticó duramente a Putin por su actitud ante el problema de Libia. Eso subrayó lo difícil que se había vuelto la relación entre ambos. Había un temor constante a que Medvédev disolviese repentinamente el Gobierno, y que esto crease una situación completamente distinta. Este temor alcanzó su punto culminante en la primavera de 2011.

Es cuando me fui, en abril de 2011. Yo estaba a las órdenes directas de la Casa Blanca de Moscú, es decir, a las órdenes directas de Putin. Había expresado la opinión de que había un verdadero problema referente a la garantía que le ofrecíamos a la elite dominante. La modernización cambiaría el carácter del poder; hacía falta eliminar el miedo del sistema, para que los miembros de la elite no temiesen que con el cambio de Gobierno podrían acabar en la cárcel. Era necesario un pacto. Pero el problema era que Medvédev no quería discutir nada con Putin, y el propio Putin se consideraba el único capaz de convertirse en garante, aunque ya no podía garantizar nada. La gente de su círculo seguía diciéndole: Mira lo que pasa, vamos a acabar todos en la cárcel de Lefortovo».

¿Por qué ese miedo?

El *establishment* del Kremlin tiene, desde el asalto de Yeltsin al Parlamento en 1993, la absoluta convicción de que, tan pronto como cambia el centro de poder, o si presionan las masas, o si aparece un líder popular, todos serán aniquilados. Es una sensación de gran vulnerabilidad. Tan pronto como alguien –no necesariamente la población, quizá los gobernadores, quizá otra facción– tenga la oportunidad, destruirá físicamente

al *establishment*, o este tendrá que luchar para destruir a ese alguien. De hecho, el riesgo de hundimiento del país se había evitado; en esa medida, la *revanche* de Putin había salido bien. A pesar de toda la corrupción, ya no existía una amenaza separatista en el norte del Cáucaso, y había un consenso, inexistente en la década de 1990, en torno a la unidad del Estado. Nadie en la región quería escindirse y crear un Estado aparte; ese deseo había desaparecido. Putin creó una presidencia legítima. Se produjo una estabilización. La población ya no quería reconstruir la Unión Soviética, aunque, por supuesto, Putin aún quería crear un gran Estado.

¿Con qué argumentos se opuso usted a que retomase la presidencia?

El retorno de Putin fue un error táctico. Yo dije en aquel momento que no sería aceptado ni por la población ni por la elite. Una semana después de que se anunciase la *rokirovka* —el «enroque», el cambio Medvédev/ Putin en septiembre de 2011— la popularidad de Putin cayó drásticamente, y la de Medvédev más aún, lo que demuestra la reacción: no la aceptaron ni siquiera quienes antes habían apoyado a Putin. Así que el consenso en torno a Putin empezó a tambalearse. Mientras duró, la población no presentó quejas específicas contra las elecciones. No votaban, o votaban por el partido en el poder. Pero después de la *rokirovka*, empezó rápidamente a mostrarse insatisfecha; las elecciones legislativas celebradas en diciembre de 2011 provocaron una reacción negativa. El partido Rusia Unida nunca ha influido demasiado en la economía de las regiones. Es un club de elites locales. Pero entonces se convirtió en el chivo expiatorio. Quedó paralizado y empezó a hundirse. Putin había aumentado el problema al crear en la primavera de 2011 la coalición del Frente Popular, diluyendo las estructuras de Rusia Unida. Mostró que no necesitaba nada para dirigir el país; lo haría solo, fomentando la idea de que se trataba de un sistema personalizado. Fue un error, porque hacía mucho que el sistema había dejado de ser personalizado. Y no estaba dispuesto a querer a Putin. Al menos el tándem era una especie de pluralismo. A la población no le gustó volver al estereotipo de líder único; y Putin pensó que sí. Me sorprendió. Normalmente es cauto y tiene buenos instintos, pero ahí asumió un gran riesgo.

A comienzos de 2011 yo les decía a Vladislav Surkov y a otros miembros de la administración que sería mejor que Medvédev permaneciese en el cargo. A Surkov le parecía la opción preferible. Nunca tuve la impresión de que Surkov deseara un experimento como el regreso de Putin. Percibía los límites del

sistema. Fue el último del Kremlin que entendía lo que el Kremlin podía soportar y lo que no. Y ahora ya no queda nadie que lo comprenda.

Putin ya no puede ser el garante. Hace diez años podía decir, «os garantizo la propiedad bajo ciertas condiciones». O decirles a los oligarcas: «Podéis hacer esto, pero no eso o aquello». La razón por la que ahora no puede hacerlo es que cada instrucción hay que comprarla y pagarla; para que alguien escuche, para que la orden se realice. El poder vertical es un sistema de concesión de acceso a recursos: uno tiene literalmente que pagar para que las cosas se hagan. En diez años, la disposición de la gente a querer a Putin y mostrarse de acuerdo con todo lo que él hace ha cambiado de manera fundamental. Ya no existe. Antes, nadie –un gobernador, por ejemplo– podía arriesgarse al enfrentamiento, porque sin duda perdería. Pero ahora se ha abierto un espacio para la disensión. Todo el mundo tiene recursos. Putin puede seguir repartiendo dinero para que lo quieran, pero tendrá que pagarle a cada admirador. Cuando digo «pago», me refiero a algún tipo de prima financiera. Tenemos una política completamente financiarizada. Las autoridades solo existen dentro de los límites de su capacidad para dar crédito. Y en este sentido nuestro sistema es absolutamente ideal, lo que hace falta en el mundo de la globalización. El poder de Putin no radica en la emisión de órdenes; no puede ordenar nada. Radica en el hecho de que es él quien puede acudir al mercado mundial en nombre de los enormes recursos naturales rusos. Es un monopolio. Desde el punto de vista económico, el consenso en torno a Putin sigue funcionando a la perfección.

¿Bajo qué restricciones piensa usted que operará ahora Putin?

En otros aspectos, el consenso se ha acabado. Todo el mundo quiere un garante de su propiedad, pero las garantías de Putin solo estuvieron en vigor mientras existía la «mayoría de Putin»: la elite liberal, los oligarcas, los empresarios, los burócratas y las mujeres mayores, todos ellos apoyaban cada una de las palabras de Putin. En esa situación se sentían protegidos, asegurados, siempre que no rompiesen el consenso. En la práctica, el poder vertical funciona de abajo arriba. Si alguien quiere algo, empieza a negociar; y para hacerlo apela a la mayor autoridad, el Kremlin, o a sus representantes; entonces puede actuar, y todo va bien. Pero ahora hay una situación en la que nadie puede garantizar su propiedad. El consenso se ha acabado, y al mismo tiempo ha emergido un sistema de propiedad en la sombra, que públicamente no guarda relación con la realidad. Y no puede protegerse a sí

mismo. ¿Cómo lo va a proteger Putin? ¿Diciéndole a la población que no acepte sobornos? Nadie en el país va a escucharle. El hecho de que Medvédev no pudiese afrontar este problema es parte de la razón por la que Putin decidió que sería incapaz de manejar Rusia.

¿Cómo ha afrontado Putin las protestas que estallaron a finales de 2011 contra el Kremlin?

Hasta ahora está claro que no tiene estrategia; es muy reactivo. Pero por el momento, por intuición, está esperando que las protestas se agoten por sí solas, como lo hicieron en cierta medida con el interludio de Navidad. Ha sido Santa Claus quien se ha encargado de nuestro mayor movimiento democrático hasta la fecha, no Putin. Lo más importante es que el consenso en torno a Putin se ha venido abajo, pero siguen quedando grupos sociales que no ven alternativa y quieren una garantía. De hecho, ya no creen que Putin pueda dársela. ¿Pero si él no, quién? Nuestro Estado es un híbrido único entre aseguradora y casino. A todos se les garantiza que no caerán por debajo de cierto nivel y, al mismo tiempo, se está apostando mucho con su dinero en el mercado mundial. Pero la gente no quema una empresa aseguradora, porque su seguro ardería con ella. La gente mira a Dimitri Bikov –un popular poeta que apareció en escena en las protestas– y piensa: «Sí, un gordito maravilloso y alegre, un poeta, ¿pero qué va a pasar con nuestro dinero?» Y no solo los *siloviki* piensan así.

¿Cuál cree que será el resultado?

Putin saldrá elegido presidente en las elecciones de marzo de 2012, probablemente en primera vuelta, pero no dispone de un sistema efectivo a su servicio. Necesita crear un nuevo partido. Se verá obligado a gobernar con una especie de coalición, a pesar de que las odia. Por eso la reacción a las manifestaciones ha sido relativamente blanda, y por eso Putin no ha rechazado las reformas de los partidos propuestas por Medvédev, a pesar de que no le gustan. Pero tendremos que esperar a ver si las circunstancias le exigen crear una coalición. ¿Será capaz de resignarse a eso? ¿Puede convertirse en un presidente de coalición? Si no, se producirá una crisis enorme, y pronto. ¿Será capaz de crear un Gobierno? Porque está absolutamente claro que Medvédev como primer ministro no podrá hacerlo por sí solo. ¿Quién creará el Gobierno? Putin necesitará convertirse en cabeza de la comisión que destruya el sistema que él mismo ha creado, e idear otro. ¿Conseguirá reunir esta «comisión de liquidación»? No lo sé.